

pasacalles o procesiones. Más que de teatro se trata de actividades populares que, en muchos casos, se incluyen en las fiestas locales y que, de un tiempo a esta parte, han entrado a formar parte de la programación de todo tipo de encuentros y festivales, especialmente de teatro. Con ello, se intenta hacer partícipes de los eventos a los habitantes de las ciudades que los acogen. Quizás sean actividades concebidas como reclamo publicitario, lo que no es censurable. Pero aunque fuese así, su oportunidad queda fuera de toda duda. Suelen ser atractivas y, sobre todo, devuelven a los espacios urbanos el carácter lúdico que tenían en el pasado, cuando eran, sí, lugares de paso, pero también de encuentro. Lo que no se acaba de entender es que se anuncie como actividad escénica el paseo a caballo de sendas bicicletas de un par de actores disfrazados de caballero y escudero rodeados por una chiquillería alborotada. De ahí mi resistencia a tomar en consideración este tipo de actuaciones. Hay, sin embargo al menos una excepción de la que debo dejar constancia. Se trata del trabajo que, bajo el título de *El elogio de la locura*, ha realizado Els Comedians. Concebido como cabalgata, incluye diez escenas en las que se representan algunos de los pasajes más conocidos del *Quijote*.

Pero, sin duda, lo que más abundan son las adaptaciones de la novela o de partes de ella. Hay que destacar que algunas de las mejores versiones fueron hechas con anterioridad a la conmemoración del centenario del *Quijote*, mientras que, de las concebidas para la ocasión, pocas han merecido la pena. No debe extrañar, pues una vez más se ha puesto de manifiesto que, con frecuencia, la habilidad para conseguir subvenciones está por encima del talento artístico<sup>2</sup>. De lo que he visto, guardo buen recuerdo de *Quijote*. Es una producción de la compañía L'Om Imprebis, en la que han intervenido, como adaptadores del texto cervantino, Juan Margallo y Santiago Sánchez, asumiendo este último las tareas de dirección. Espectáculo, sin más pretensiones que las de entretener al respetable, resulta, por obra y gracia de los que lo hacen, algo muy serio desde el punto de vista artístico y, a la par, divertido. Partiendo de una selección de aquellos pasajes de la novela que podían dar mejor juego escénico, los

<sup>2</sup> Entre las excepciones, debo mencionar tres espectáculos que no he tenido ocasión de ver, pero de los que han llegado buenas referencias. Se trata del oratorio escénico *Muerte y resurrección de Don Quijote*, cuya idea, estructura dramática y dirección ha firmado Alberto González Vergel; *Quijote. Femenino. Plural* (Sanchica, princesa de Barataria), que ha dirigido Pedro Villora a partir de una idea de Ainhoa Amestoy; y *La venta del encuentro*, proyecto en el que han participado como director y actor, respectivamente, Francisco Vidal y Manuel Galiana.

actores, que parecen escapados de una compañía de cómicos ambulantes, recrean con cuatro objetos y apelando a la imaginación del público, el sin-fín de espacios en los que transcurre la acción. Unas cuerdas se convierten en aspas de molino, las sombrillas de unas mujeres en ruedas de un carruaje, unos tableros apilados sabiamente iluminados en hoguera, unos taburetes en caballerías... También tiene cabida en el escenario el mundo de las marionetas. El resultado de todo ello es una fascinante función a la medida de todos los públicos, una fiesta teatral.

Mucho más ambiciosa fue la versión del *Quijote* que hicieron el director italiano Mauricio Scaparro y el excelente guionista Rafael Azcona por encargo de la Exposición Universal que se celebró en Sevilla en 1992 pero, a pesar de ella, o quizá por ella —me refiero a la ambición— los resultados quedaron lejos de los objetivos, constituyendo un claro ejemplo de la dificultad a la que aludía más arriba para trasladar la esencia de la novela al escenario. Con el significativo subtítulo de *Fragmentos de un discurso teatral*, los adaptadores emplearon la fórmula del teatro dentro del teatro. Situaron la acción en un viejo y destartado escenario en el que don Quijote y Sancho se encuentran con la compañía de Angulo el Malo. Caballero y escudero, únicos personajes reales de la función, recuerdan sus aventuras y, a veces, las contemplan en la recreación que de ellas hacen los cómicos ambulantes, los cuales, a lo largo de la obra, van asumiendo los distintos personajes que aparecen en la novela. Asistimos, pues, al enfrentamiento de los dos protagonistas, cuya relación va evolucionando desde un simple acuerdo, diríamos que laboral, entre amo y criado hasta un vínculo cada vez más estrecho que establece otro tipo de relación más íntimo y complejo. Quería Scaparro reflexionar sobre la utopía, incitar al público a dejarse seducir por ella y, en última instancia, plantar cara a la sociedad basura en la que vivimos. Eso, como sucede con tantas declaraciones de principios, era decir mucho y no decir nada. Fernando Doménech comparó la obra con un viaje en el que don Quijote y Sancho, acompañados por las sombras de los demás personajes, buscaban el conocimiento de sí mismos en el espejo del otro. En cada nueva aventura, en las conversaciones que mantenían, veía una aproximación al clima de amistad, de benevolencia y de comprensión que alienta en las páginas de Cervantes. Pero fue más allá en su lectura de la obra. Comparó a esos dos seres que buscan en un escenario su propia historia con Vladimir y Estragón, los desesperanzados ilusos de *Esperando a Godot*. También los emparentó con Max Estrella y Don

Latino de Hispalis, los protagonistas de *Luces de bohemia*, por las similitudes que hay entre ambas parejas en su deambular por una España triste en busca de imposibles ideales<sup>3</sup>. Estas interpretaciones son hermosas y nada gratuitas. Lo malo es que se disuelvan al pasar de las intenciones a la realidad. Y eso es lo que sucedió. El espectáculo resultó una especie de resumen, a veces tedioso y siempre deslucido, de algo que se sabe grande. Scaparro debió barruntarlo cuando, rebajando las expectativas creadas, definió lo que había hecho como una metáfora llena de ilusión y simpatía sobre nuestra vida teatral.

Algo parecido sucedió con *Vivir loco, morir cuerdo*, de Fernando Fernán Gómez, quien se inspiró, para escribirla, en la segunda parte del *Quijote*. El resultado fue una serie de pasajes del *Quijote*, arbitrariamente seleccionados, mal hilvanados y con una dramatización pobre. La crítica fue severa. Acusó al adaptador de falta de imaginación y consideró que la puesta en escena, que asumió él mismo, era demasiado estática. Los actores decían el texto sin intención dramática, sin gracia y sin compromiso, de modo que los más brillantes pasajes de la novela cervantina resultaban aburridos. De mediocre, había sido calificado otro espectáculo anterior del mismo Fernán Gómez. Aquél era un monólogo titulado *Defensa de Sancho Panza*, en que el que el escudero de don Quijote comparece, asumiendo su defensa, ante un tribunal, sin que lleguen a quedar claros los motivos que le han conducido ante él. Dos espectáculos que dan argumentos para sostener que la novela de Cervantes tiende a rebelarse contra las tablas.

De difícil clasificación es *El Quijote xra [para] torpes*, de Juan Manuel Cifuentes, cuya primera aproximación al *Quijote* sea probablemente el musical *El Hombre de la Mancha*, en cuya versión española participó interpretando a Sancho. Convencido de que son muchos los que no han logrado leer entera tan voluminosa novela, su espectáculo brinda la posibilidad de conocerla en su totalidad y aún de acceder a buena parte de cuanto de ella han dicho críticos e investigadores. Los oficiantes del milagro son tres tipos descarados convertidos en conferenciantes histriónicos dotados de una sorprendente capacidad de síntesis. Tanta, que todavía tienen tiempo de aludir a situaciones actuales de índole social o política.

Abundan los monólogos, entre los que cabe citar, además del de Fernando Fernán Gómez, el de Luis Hostalot y el titulado *Los miste-*

<sup>3</sup> Fernando Doménech, «Don Quijote en escena», en Rafael Azcona y Mauricio Scaparro, *Don Quijote, Madrid, Asociación de Directores de Escena de España, 1992.*